

cesas que estaban a la vista de dicha ermita y que intentaron socorrer a sus compañeros, el Médico después de cinco horas de fuego constante pudo incendiarla quedando todos sus defensores muertos, quemados y el resto prisionero. El 22 atacó sobre el puente largo del Jarama a una concentración enemiga y el 4 de noviembre pasó al norte de Toledo llegando a Fuensalida, donde libró otra escaramuza. Siete días después llegaba a las proximidades de su querida Villaluenga de la Sagra con el propósito de permitir algún reposo a sus huestes, dejar heridos, enrolar nuevos partidarios, enviar los numerosos prisioneros que llevaba consigo que obstaculizaban y retardaban su marcha a la retaguardia española, y, por último, desligarse de la columna que le perseguía. No pudo conseguirlo y el 11 sostenía un nuevo combate con las fuerzas contrarias que presurosas le acometían descosas de rescatar los prisioneros y de vengar la muerte incruenta de sus compañeros en la ermita de Yuncos.

Albert Savine, recogiendo las memorias del mayor general inglés lord Andrew-Thomas Blayney que atravesó toda España desde Málaga a Irún en 1810 después de haber sido hecho prisionero en Cádiz por el ejército del general Sebastiani, nos dice que el 27 de noviembre de 1810 se detuvo el convoy en que iba hacia Madrid en Mora de Toledo, a la que titula aldea miserable, con objeto de esperar en ella la llegada de refuerzos, porque habían recibido noticias de que el Médico se había apostado en el castillo de Almonacid vigilando el camino de Toledo que ellos tenían que seguir. Por otro lado, parte de sus fuerzas estaban acampadas en los alrededores de Cabañas de la Sagra para vigilar el camino de Toledo a Madrid. Lord Blayney no es favorable a los españoles en sus Memorias porque era protestante ni a los franceses por su antinapoleísmo, por tanto su relato es un tanto objetivo en esta parte de su narración. Hace memoria el general inglés de Palarea e indica como causa de su participación en la guerra las crueldades cometidas por los franceses en su familia cuando residía en Villaluenga y sigue diciendo, desesperado Palarea de ver sus bienes confiscados, su familia ultrajada y maltratada y el atropello continuo de la soldadesca imperial contra sus indefensos vecinos, planeó y puso en práctica su pensamiento lentamente madurado de intervenir en la lucha. Suenan las palabras de Blayney a hecho conocido y lo probable es que confundiera o fundiera la leyenda que corría de boca en boca referente al Empecinado, o la de Camilo Gómez, uno de los lugartenientes de Palarea, y la atribuyó al Médico. El cálculo que hace de los hombres que por entonces tenía Palarea es de 700 a 800 sol-

